



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Los masones



L dardo principal, expedido por los reaccionarios y por los privilegiados al pecho de los reformadores y de los protagonistas pacíficos y legales, extraíanlo de una superstición añeja religiosa, del odio á los masones. Así, á cuantos querían el progreso por cualquiera de los caminos, que á prosperar la serie de sus términos conduce, apodábanlo con este apellido escandaloso, como si el credo suyo contuviese todo el credo revolucionario, y no tuviera la revolución más ejército permanente que los masones y sus adeptos. Sin embargo, pululaban las sectas en todas las esferas, á donde puede llegar el humano espíritu en su incansable actividad. Había en religión los jansenistas; en economía los fisiócratas; en política cien partidos diversos; en filosofía nada menos que los enciclopedistas; y en secta ninguna los privilegiados solían cebarse como en la secta masónica. Masón llamaban á Turgot; masón á Malesherbes, masón á Neckor. Bien es verdad que ayudaba mucho el misterio á extender sobre todos los revolucionarios de este apodo. Los orígenes más ó menos poéticos del masonismo que se perdían en la India; su marcha fantástica y misteriosa, pues suponían las crédulas fantasías á los masones venidos del Ganges al Occidente; aquel triángulo, símbolo suyo, y parejo con una constelación celeste, según fulguraba rayos espirituales en la caliginosa noche del absolutismo; los blasones de arquitectos y albañiles, citados y reunidos para erigir un templo al Creador del Universo; la mezcla de ideas místicas con profecías y planes políticos; la especie de aroma gnóstico que dejaban á su

paso, hacíanles pasar por seres verdaderamente sobrenaturales, alzados de los abismos insondables y llevando en sus ojos magias, como en sus dedos atracciones, como en sus manos pomos llenos de filtros, como en sus labios fórmulas de nigromancia, todo lo cual servíanles, según las aprensiones reaccionarias, para infernar y endemoniar del mundo. Pero esta poesía se disipa en cuanto á la Historia se toca. Del comercio, y no de la Religión, habían provenido las sectas masónicas en Francia. Unos mercaderes ingleses habían llevado el masonismo allende el canal de la Mancha por esas relaciones tan frecuentes y tan íntimas entre riberas y costas de suyo cercanas como las británicas y las francesas. No hay pueblo ninguno de tal afición á dogmas y á sectas ó sectarios como el pueblo inglés. Un domingo en Londres no sólo interesa por el respeto á la observancia de la fiesta semanal cristiana; interesa también por el número de sectas que aparecen á la superficie social y por el número de sectarios que predicán lo mismo bajo techo que al aire libre. Así la masonería, identificada en mucho con las varias religiones provenientes de las Indias orientales, dilatose por Inglaterra, merced á una relativa libertad, y desde Inglaterra pasó á Francia durante aquel siglo, en que las gentes abrían los oídos á toda teoría, lo mismo á la democracia semi-calvinista de Rousseau, que á la sátira de Voltaire, que á las fantasmagorías de Mesmer, que á los proyectos de Law.

Hay algún parecido entre los luteranos y los jansenistas. Estos le habían concedido una grandísima extensión al pecado del hombre; y al concedérsela, se la concedían también, como su remedio único, á la gracia de Dios. ¡Cuán frecuentes y cuán radicales en el mundo las contradicciones irreductibles! Mientras los jesuitas, que proclamaron el libre arbitrio hasta el extremo de creerlos las gentes tocados de las ideas mantenidas por aquellas primeras heregías; cuyos sectarios daban á la libertad humana una fuerza incompatible con la Providencia divina; mientras los jesuitas contribuían y cooperaban al retroceso político y mantenían la servidumbre universal; los jansenistas, los que por la fuerza prestada en sus dogmas al pecado; y por la intervención en la vida y en la sociedad á Dios y á su gracia y á su Providencia; intervención extrema, dadas por ellos, anulaban la libertad humana, servían por su disentimiento con Roma, y por sus ideas de igualdad, así respecto de la culpa, como respecto de la redención, á la causa del derecho humano y al fomento de las ideas progresivas. El masón predicaba una caridad que se dilataba y extendía en sus intensidades á todos los hombres. En tanto que la caridad clerical requería de los atendidos por sus beneficios el título de católico, la masonería sólo á sus socorridos demandaba el título de hombres. Así hacía prosperar el dogma de la tolerancia religiosa con el dogma de la humana igualdad. Nada de privilegios, nada de nacimiento noble, nada de títulos y blasones, nada de limpiezas en la sangre, nada de la histórica intolerancia religiosa y nada de las castas históricas en semejante humanitaria secta, nada. Siquier fuera su principal dogma la existencia de Dios, pues fervoroso culto prestaba en todas sus prácticas al gran

Arquitecto del Universo, permitía que cada fiel escogiese la relación de su alma con Dios como le pluguiese, y así preparaba el advenimiento de la libertad religiosa y el dogma de la igualdad de todas las creencias, no contrarias á la moral, en el derecho ante el Estado. Mas, como quiera que los masones comenzaron á entenderse y á organizarse durante los tiempos de una grande intolerancia, no sólo impuesta por la legislación, impuesta por la costumbre, tuvieron que apelar al secreto, y para comunicarse unos con otros en público, que recurrir á signos, los cuales dieron á su profesión y secta ese aire de misterio, no perdido todavía en el seno de la libertad contemporánea. Si á esto se une la serie de pruebas acostumbradas en su iniciación y que tantas concomitancias guardan todavía en las usadas por gimnosofistas, exentos, por todos los iniciadores orientales en todas las iniciaciones, no debe maravillarnos que todo ese aparato y toda esa liturgia, la denominación de hermanos dada por unos á otros, la vestimenta extraña, los símbolos entre canónicos y cabalísticos, la magistratura de un gran maestro, los cambios de nombres como en algunas religiones con fórmulas de sus doctrinas, les hayan dado una especie de carácter sacerdotal y misterioso en Europa.

Ha pasado con la masonería exactamente lo mismo que ha pasado con todas las sectas, comprendiendo como lo ennoblecen todo el tiempo y la Historia, se han empeñado sus numerosísimos sectarios en que la doctrina debió nacer con la humanidad y que Adán debió hacer masones á sus hijos y á sus nietos, extendiéndose después por todas las tierras y cobijándose bajo todos los templos esta prehistórica teoría para impeler y prosperar las ideas liberales. no puede negarse que si los astrólogos contribuyeron al progreso de la astronomía y los alquimistas al progreso del saber químico, también los masones contribuyeron al progreso de la política y de la ciencia. En todos los tiempos y en todos los espacios hay sectas ocultas, que necesitan esconderse por su oposición y lucha con el sentido general, pero que, bajo tierra, en las sombras, en el silencio, en el misterio, mueven una corriente, la cual se sube hasta los talentos más altos y muy á la callada y renueva con una savia desconocida las instituciones más fuertes. Aquellos solitarios de Judea; los yhoguis indios, de rodillas incados sobre las ojas secas y con los ojos puestos en el cielo; cuantos han extendido el culto á luz desde los arenales iraníes parecidos por su esplendor por misteriosas vías lácteas; el simbolismo y el ayuno de las escuelas pitagóricas; el carácter conventual y monástico de tantas sectas como han llegado á divertirse del dogma común religioso; el therapeuta y el estóico; cada cual con su influjo respectivo, han cooperado á la inmanencia de cierto sentimiento humanitario y de cierto culto láico que se ha reunido en la secta llamada masonería, dentro de la cual yo nunca entré, por gustarme poco las cofradías, pero de la cual no puede prescindirse, y cuyos servicios no pueden desconocerse, cuando, en la Historia del Progreso humano, no llega por necesidad á periodos tan creadores como el período de la revolución francesa. Existiendo tanto de cábala oriental en sus fórmulas y datando de secu-

lares orígenes sus signos, que se ven en las ruinas de los templos hebreos como en las paredes de los templos góticos; llamándose además los masones albañiles del templo de Dios; no debe maravillarnos que así como creen muchos prehistórica su cuna, crean también su organización salomónica, es decir, obra de aquel sabio rey que congregó ciento trece mil compañeros de todas las zonas y de todos los climas y de todas las religiones para poner mole sobre mole gigantescas en la Casa del Señor, saludada desde entonces como santuario del principio entre los principios, del principio de la divina unidad.

El ejercicio de un sentimiento tan humano como el sentimiento de asociación, centuplica las fuerzas individuales y contribuye sobre todo á las grandes obras arquitectónicas, que, ideadas y dirigidas por un solo arquitecto, como los grandes ejércitos por un solo general, necesitan de colectivos esfuerzos. No puede dudarse del renombre que alcanzaron y del influjo que tuvieron los constructores de grandes edificios en el mundo desde los maestros superiores en arquitectura hasta los maestros de obras. Basta para comprender esto, recordar que Pontífice quiere decir hacedor de puentes ó ingeniero, y que pusieron á la cabeza de todo sacerdocio los romanos al que construía y guardaba el puente Sublicio. La crítica histórica usual y corriente á fines del pasado siglo, rompía en guerras contra las leyendas, y al romper en guerra contra las leyendas, veía en cada primitivo Rey romano, no una personalidad real, una época personalidad. Así, todo cuanto se refiere á culto, á ceremonias, á liturgia en la primitiva Ciudad Eterna, está representado por el Rey, más sacerdotal en todos aquellos reyes, por el inspirado Numa Pompilio. Como con él se relacionan las Vestales, con él se relacionan los masones. Como á él se atribuyen las fundaciones de los mayores cuerpos sacerdotales, á él se atribuye la formación de un colegio sacro de masones que se dan mucho la mano con los masones modernos. Hay quien cree que una vez conquistada Inglaterra por los romanos, siquier fuera tarde esta conquista con relación á la de Francia y España, las instituciones romanas se conservaron sobre aquella isla en mayor pureza que sobre nuestro continente. Y como se conservaron todas las instituciones romanas, y entre las instituciones romanas se hallara la célebre de albañiles religiosos, ó masones, allí estuvo más conservada, y desde allí se irradiaron sus dogmas á todo el mundo y desde allí salieron los principales maestros ó maestros que la organizaran sobre Francia y con franceses en la última centuria. Efectivamente, los reyes sajones, Alfredo el Grande, por ejemplo, necesitó construir para desarrollar la civilización indígena; y como la construcción y edificación sean signos de adelantos verdaderos, pues los salvajes sólo construyen madrigueras ó cabañas, y los nómadas sólo llevan tiendas, hubo de recurrir á los masones religiosos romanos para erigir los edificios con que soñaba, en su afán de extender la civilización por su isla. No explican los historiadores de otra manera el que los masones pasasen de Inglaterra á Francia, y el que Francia lo extendiese, á fines del siglo décimo-séptimo y comienzos del siglo décimo-octavo, por todo el Continente, donde fomen-

taron el progreso, y como entonces revestía éste un carácter indudable revolucionario, fomentaron también mal ó bien de su grado la revolución.

Es imposible pintar la clase de guerra existente desde fines del siglo pasado hasta la fecha entre masones y jesuitas. Liberales los primeros y reaccionarios los últimos, no se dan cuartel en lanzarse á la frente sendas asesinas calumnias. Ningún daño le sucede á la libertad que no crean los masones proveniente del negro jesuita, como ningún daño á la Iglesia que no crean los jesuitas proveniente del ateo masón. Tamaña guerra es tan cruel y se dilata con tal viveza por todos nuestros siglos y por el siglo anterior, que Krausse ha reducido la Historia contemporánea en sus lucubraciones, al combate porfiado entre los ejércitos jesuitas y los ejércitos masones. Con efecto; no podían profesar éstos un principio tan contrario, tan repulsivo á los jesuitas, como el principio de la libertad religiosa y de la igualdad civil. Sea de ello lo que quiera, el crecimiento de la masonería en Francia por los primeros años del reinado de Luis XVI, se atestigua por la publicación oportuna de un opúsculo sobre la masonería. Fué como una revelación del crecimiento que tomaba la secta el célebre librejo titulado *La Francmasonería*, quien pareció, respecto de los masones, aquello mismo que pareciera respecto de los jesuitas el célebre libro de nuestro Padre Mariana sobre los males de la Compañía, tan profundamente atendido en su aparición. Por la publicidad dada entonces al opúsculo, no solamente se divulgó el número de logias que tenían los masones en Francia, se supo que las presidía todo un embajador de Inglaterra. Y al saberse tales cosas armándose á su conocimiento los escándalos naturales, Luis XV, promulgó el año treinta y siete de su centuria un rescripto contra los masones, y declaró iguales todas las logias, por tanto sujetas á disolución. Pero al cumplirse tal decreto, é incautarse la policía de los libros masónicos, encontró suscritas en sus hojas las primeras personalidades y nombres de Francia; con ellos el apellido de la Historia y secular familia, sobre Francia reinante. Pero el alto y bajo clero, los curas parroquiales, las órdenes monásticas se desataban contra un Dios que no era su Dios tradicional, y contra un culto que no era su culto católico, y contra una religión que usurpaba el influjo á su religión, y contra una gente que, so pretexto de honrar al Criador y prestarle adoración, erigiéndole un templo en el corazón antes de erigirselo en el espacio con tal pretexto, se revolvía contra las más sacras antiguas tradiciones, y atacaba sin piedad, así la monarquía como la Iglesia. No ha cesado aún el combate á muerte, de antiguo empeñado entre jesuitas y masones; pero imaginaos por la proporción que alcanza ó por la existencia que tiene hoy este mismo combate, cuál sería cuando pasaba desde lo más secreto y más callado de las catacumbas históricas á la publicidad y á la vida.

Realmente, las grandes aparatosas ceremonias, las conjuras parecidas á sortilegios asiáticos, aquellas pruebas en que se fustigaba con teatrales amenazas la red nerviosa de los iniciados, las Cámaras vestidas de negro junto á las Cámaras multicolores, los entie-